

# El viaje



# GLOSARIO ARTISTICO

Por OLGA ARRATIA

**N**UEVO entre nosotros y poderosamente armado de un dominio intuitivo de su arte —que rompe con todas las escuelas y principios—, nos presentó Oscar Moraga su exposición de máscaras. ¡Y qué máscaras! Cuántos, como nosotros, fueron a esta exposición creyendo encontrar algo así como un juguete gracioso de muecas cómicas o trágicas, pintarrajeadas que evocaran el recuerdo de viejos carnavales. Y nosotros como tantos otros, curiosos y sensibles, quedamos asombrados: estamos frente a una labor artística de recia y honrada magnitud. No es un juguete. No es la improvisación de un día. Es la labor de años que se ha ido sedimentando en el espíritu del artista, creando minuto a minuto en un amasijo de vivencias, de experiencias, esos rostros deformados que mueven a risa, a lástima, a piedad, a desprecio pero que responden a una intangible —o muy tangible— realidad de la época.

Los elementos con que da vida a sus seres Oscar Moraga son a primera vista simplísimos: la tremenda fauna y flora que le arroja el mar las aprovecha: caparazones y patas de jaibas, esqueletos de peces, conchas de toda clase de moluscos, caracoles con los que hace ojos faunescos, tristes, sensuales, demoniacos; conchas que forman bocas ávidas, trágicas, alegres o mudas. Toda la estructura de los peces cobra vida y formas caprichosas, incuba nuevos seres, humanos e inhumanos, pasando por el tamiz del espíritu y de las manos de Oscar Moraga. Va como un nuevo creador ensamblando las más diferentes piezas hasta construir un rostro. Y los hace de una belleza aterradora en su fantasmagórica expresión. Aprovecha las aristas y tajos de

las conchas marinas, con las que da el toque expresivo al sentimiento. Hay en cada una de sus máscaras —construidas todas con los mismos elementos pero ninguna igual a la otra— una desnudez primitiva y aterradora. El color que le da a los rostros es el soplo vital que mueve a esas creaturas deformadas en su verdad; las enciende y las hace actuar a cada una a través de su exacta personalidad sin “represiones”, como habría apuntado Freud. El sentido del color está en sus manos mientras construyen la anatomía de esas cabezas. Es un mundo de realidad y delirio, un mundo nuevo, alucinante, creado y forjado en la más pura y tenaz fragua artística.

Nos abisman sus máscaras y también la sencillez de su creador, que contrasta con la farsa de sus trabajos: nos dice que no ha tenido estudios ni maestros de arte, que todo es obra de él, de su inquietud, de su buscar y encontrar en todas las cosas la más grande y la más pequeña expresión. Y son tan reales y espontáneas su franqueza y su modestia, que no sabemos distinguir los rostros vivos e inanimados de las máscaras al lado de los nuestros, móviles y desconfiados. Nos cerca un clima de encantamiento, de magia, de arte puro, primitivo y grandioso.

Estamos ciertos de que en tiempo no lejano se hablará mucho de Oscar Moraga y su obra. Estamos frente a un artista, un gran artista, cuya obra luciría, sin desmerecer en nada, en cualquier salón internacional.

Oscar Moraga y sus máscaras

